



Conozca a  
**Vish  
Puri,**



el investigador  
más privado  
de la India.



El caso del  
hombre que  
**MURIÓ  
RIENDO**  
Tarquin Hall



El caso del hombre  
que murió riendo



# El caso del hombre que murió riendo

Tarquin Hall

Traducción de Carol Isern

**Rocaeditorial**

Título original inglés: *The Case of the Man Who Died Laughing*  
Copyright © 2010 by Sacred Cow Media, Ltd.

Primera edición: septiembre de 2010

© de la traducción: Carol Isern  
© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S. L.  
Marquès de la Argentera, 17, Pral.  
08003 Barcelona  
info@rocaeditorial.com  
www.rocaeditorial.com

Impreso por Brosmac, S.L.  
Carretera de Villaviciosa - Móstoles, km 1  
Villaviciosa de Odón (Madrid)

ISBN: 978-84-9918-178-3  
Depósito legal: M. 31.665-2010

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

A las comadronas del Hospital Homerton, East London

Arrellanado en el asiento trasero de su Ambassador, con las ventanillas cerradas y el aire acondicionado a toda potencia, Vish Puri no quitaba el ojo de la grieta del parabrisas. Había empezado como un puntito, obra de una piedra que había impactado contra el automóvil y que había salido despedida de las ruedas de un camión que circulaba a toda velocidad por Mathura Road esa tarde. A pesar de la cinta adhesiva que había fijado al cristal como si fuera una venda, la fisura empezaba a hacerse grande.

9

El calor infernal de Delhi parecía hacer presión contra el parabrisas, aprovechando ese punto débil y decidido a conquistar el rebelde reducto de aire fresco que contenía. El detective imaginó cómo se sentiría un explorador de las profundidades marinas al oír los crujidos de su pequeña nave sometida a miles de toneladas de presión.

Ese lunes de principio de junio, la temperatura máxima en la capital había llegado a los 44 °C: hacía tanto calor que las calles se habían hecho maleables y pegajosas como el regaliz; tanto calor que incluso en ese momento, una hora después de que se hubiera puesto el sol, el aire parecía fuego en los pulmones.

Sin embargo, nada desalentaba el frenético espíritu de la hora punta en Delhi. Mirara donde mirara, Puri veía a miles y miles de personas que se abrían paso en medio del calor; el rugido del tráfico y el humo de las chimeneas iluminado por los faros de los coches. Obreros, sirvientes y estudiantes se apiñaban en los autobuses sin aire acondicionado; ciclistas de cami-

setas sudadas se esforzaban sobre los pedales; familias de tres, cuatro e incluso cinco miembros transitaban en escúteres (las madres, sentadas de lado; los niños, sobre sus regazos; y los hijos mayores, apretujados en medio).

Y por todas partes florecía el comercio. Los niños se abrían paso entre el lento tráfico vendiendo trozos de coco enfriado en hielo y copias piratas de novelas ganadoras del Booker Prize. Los melones se amontonaban sobre las aceras. Bajo los parabrisas se colocaban octavillas que anunciaban los poderes de un *hakim* que prometía exorcizar los espíritus malignos y contrarrestar las maldiciones.

Ante todos esos innumerables rostros húmedos y brillantes de sudor, ojos pestañeantes en medio de la polución y labios cuarteados por la sed, Puri pensó en lo estoicamente que los *dilli wallahs*, tal como se les llama a los habitantes de Delhi, continuaban con su vida, aparentemente resignados a las duras —y para muchos, cada vez peores— condiciones de la capital. En parte admiraba su resistencia, su sorprendente buen humor ante una adversidad tan absoluta; pero también lamentaba la capacidad del ser humano de adaptarse a cualquier condición y de percibirla como algo normal.

10

—El instinto de supervivencia es una bendición y una maldición a la vez —se dijo.

Por su parte, el detective se había acostumbrado al aire acondicionado. Sin él, y vestido con su traje de safari de marca y su gorra Sundown, salía mal parado. En pleno verano siempre permanecía bajo techo tanto tiempo como le era posible. Cuando aventurarse fuera resultaba inevitable, Freno de Mano, su chófer, tenía que caminar a su lado con un paraguas abierto para asegurarse de que su patrón siempre estuviera a la sombra. Puri también había invertido en un pequeño ventilador de mano a pilas, pero con temperaturas como ésta, el aparato ofrecía el efecto contrario para el que estaba hecho: era como poner la cara delante de un compresor de aire acondicionado.

A Puri no le quedaba otra alternativa que rezar para que el parabrisas aguantara. No podía enviar a Freno de Mano a que lo cambiara hasta el día siguiente, como muy pronto.

Iba a ser una noche muy larga.

Puri miró su reloj. Faltaban diez minutos para las 8.00: diez minutos para la entrega que tendría lugar en Fun'N'Food Village.

—El sujeto se aproxima al puente que cruza las vías del tren, cambio —dijo a través del *walkie-talkie*.

El Safari plateado que estaba siguiendo se alejó de las colonias con grandes puertas de hierro y de las villas pijas del sur de Delhi, y se dirigió hacia la nueva y elevada autopista de tres carriles que serpenteaba hasta más allá del Aeropuerto Internacional Indira Gandhi.

—En posición, jefe —respondió una voz. Era la de uno de los mejores agentes secretos de Detectives Sumamente Privados. Puri, que tenía la costumbre de poner apodos a la gente, lo llamaba Fluorescente, ya que normalmente le costaba cobrar vida por la mañana.

—De primera —contestó el detective—. Es posible que estemos ahí dentro de poco. Si este maldito tipo avanzara un poco... ¡Por Dios, qué carroza tan lenta!

Desde que habían empezado a seguir al Safari, el detective había observado su lento avance con incredulidad. A diferencia de los otros coches, que iban por la calle como si ésta fuera una pista de Fórmula Uno, haciendo eslabon entre los camiones cargados y los autobuses que expelían humo de diésel, el Safari había respetado escrupulosamente el límite de velocidad. Era el único vehículo de toda la calle que no circulaba ocupando dos carriles a la vez y que no llevaba las luces largas. Además, el claxon permanecía en silencio a pesar de las instrucciones que se podían leer en la parte trasera de los camiones: «¡CLAXON OK, POR FAVOR!».

—¡Aaaaarrrre! —exclamó Puri en un ataque de frustración al ver que el Safari cedía el paso a un lento *autorickshaw*—. Defiendo la conducción prudente. La velocidad emociona, pero mata, después de todo. Pero este hombre es un bromista, ¿no?

Freno de Mano se sentía igualmente perplejo:

—¿Dónde aprendió a conducir, señor? —preguntó en hindi—. ¿En una escuela de señoritas?

—No, en Estados Unidos —respondió el detective con una carcajada.

De hecho, Shanmuga Sundaram Rathinasabapathy, el últi-

mo cliente de Investigadores Sumamente Privados, se había sacado el carné de conducir en Raleigh, Carolina del Norte.

Según el dossier de Rathinasabapathy —Puri había conseguido hacerse con una copia gracias a un compañero de promoción de la Academia Militar que ahora trabajaba en el servicio de inteligencia indio—, «Sam» Rathinasabapathy era hijo de un cirujano cardíaco tamil y había nacido y se había criado en el estado de Tar Heel. Era físico nuclear y se había graduado en el MIT, y había «regresado» a la India hacía un mes trayendo con él a su esposa «no residente en la India» (NRI) y a sus dos pequeños hijos. Iba a trabajar para una compañía norteamericano-india en la construcción de una nueva generación de reactores nucleares, pero hasta el momento había dedicado todo su tiempo a enfrentarse a problemas y a prácticas corruptas mientras intentaba alquilar un apartamento, apuntar a sus hijos a la escuela y encontrar su camino en medio de la ciudad.

12 Tres días antes, enfrentado a una crisis, Sam Rathinasabapathy había ido a ver a Puri a su oficina en Khan Market y le resumió brevemente cuál era su problema.

—¡Estamos hablando de mis hijos! ¿Qué voy a hacer? ¡Estoy completamente desesperado!

El detective había accedido a ayudarle, y había aconsejado al pulcro Rathinasabapathy que cumpliera con las demandas del intermediario que había contactado con él.

—Págueme a ese maldito *goonda* las doscientas mil y déjeme el resto a mí —dijo.

Después de esa primera reunión, Puri confió a su secretaria privada, Elizabeth Rani, el asombro que sentía ante la ingenuidad de «esos tipos NRI». Cada vez había más de ellos colocados en las más altas instituciones financieras y multinacionales de la India. Al igual que los británicos en su momento, la mayoría de ellos vivían envueltos en el máximo lujo, pasaban gran parte del tiempo quejándose de sus sirvientes y de la danza del vientre y no tenían ni la más mínima idea de cómo se hacían las cosas en la India.

—Ese tal Sam debe de ser un as, pero aquí en la India se encuentra en mar abierto —dijo el detective—. Lo que se requiere en una situación como ésta es experiencia y capacidad. Por

suerte, Vish Puri está en condiciones, y lo hará encantado, de proporcionar ambas cualidades.

Después de poner a su cliente el sobrenombre de Cabeza de Coco —«puede que el tipo sea oscuro por fuera, pero por dentro es cien por cien *gora*»—, el detective puso su plan en acción.

Esa tarde, Sam Rathinasabapathi retiró de su cuenta las doscientas mil rupias exigidas —cien mil por cada uno de sus hijos— y llevó el dinero a Investigadores Sumamente Privados Ltd. Allí, Puri tomó nota de los números de serie de los billetes y los colocó en una bolsa marrón de lana gruesa.

El intermediario había llamado a las 18.00 en punto para explicar dónde había que realizar la entrega. Esto había dado tiempo a Fluorescente para ir primero a Fun'N'Food Village y colocarse en el sitio adecuado.

Ahora, lo único que Rathinasabapathy tenía que hacer era entregar el dinero.

—Hora de llegada estimada, diez... Por Dios, mejor que sean quince minutos. Cambio —dijo Puri, que suspiró mientras el Safari de Rathinasabapathy salía de la autopista y enfilaba una calle de un único carril.

Una vez en ella, enfrentado a los agujeros en el asfalto y a los baches sin señalizar, así como al habitual ruido del tráfico, el vehículo redujo la velocidad hasta tal punto que parecía arrastrarse, lo que provocó que estuviera a punto de chocar contra un ciclista que transportaba una alta columna de bandejas de huevos. Freno de Mano, que se esforzaba por mantener la distancia de seguridad, sufrió las iras de un camión Bedford y tuvo que frenar en seco. Al hacerlo, se apoyó en el claxon de forma instintiva.

—¡Lo siento, jefe! —se apresuró a exclamar en tono de disculpa—. ¡Pero es que conduce como una vieja!

—Todos los norteamericanos conducen así —afirmó el detective.

—Pues deben de sufrir muchos accidentes en Estados Unidos —comentó Freno de Mano.

Ya eran las 20.15 cuando Rathinasabapathy llegó a su destino y aparcó fuera del Fun'N'Food Village. Se dirigió apresuradamente a la taquilla con la bolsa en la mano y se puso en la cola.

Puri se preparó para lo que le venía; abrió la puerta y el calor y la humedad lo golpearon de pleno. Por un momento se quedó sin respiración y tuvo que detenerse. La primera gota sólo tardó unos segundos en bajarle por el cuello y el sudor empezó a acumularse sobre el labio superior, por debajo del bigote grande y afilado en las puntas.

Abanicándose con un periódico, el detective compró una entrada y pasó por la barrera giratoria, detrás de su cliente. Los chillidos de la gente llenaban el aire mientras se deslizaban a toda velocidad por los toboganes de agua y braceaban torpemente por el río Lazy. «*Phir, phir!* ¡Otra vez, otra vez!» Madres vestidas con brillantes vestidos de algodón punjabíes y el ancho pantalón remangado por encima de las rodillas permanecían de pie en la zona menos profunda del estanque Tiny Toys y jugaban con sus bebés. En la piscina, un grupo de chicos sijs con bañador y *patkas* jugaban al voleibol. En los bancos que se alineaban a ambos lados, las *aunties* sumergían los dedos de los pies en el agua fría y comían especiadas *dhoklas* con coriandro fresco y chiles verdes. De vez en cuando, sus nietos y sobrinos mofletudos las salpicaban con agua.

14

Puri siguió a Rathinasabapathy, que se abría paso entre la multitud en dirección a uno de los varios personajes de escayola que estaban desperdigados por el parque: era una temible efigie de tres metros de altura que representaba al rey Ravana, el feroz demonio de diez cabezas. Ravana, con mirada salvaje y sonrisa burlona, blandía la enorme cimitarra con la que se disponía a matar a una espantosa serpiente.

El intermediario había dado instrucciones al cliente de Puri de que esperara delante de Ravana.

Rathinasabapathy se detuvo a la sombra de la imponente divinidad y observó con mirada inquieta a la multitud de juerguistas que pasaban por allí. Mientras, el detective, sin perder de vista a su cliente, se colocó en la desordenada cola que se había formado delante de un *dhaba* cercano. Cuando le llegó el turno, pidió un plato de *tikki masala*. Podían pasar horas antes de que pudiera volver a comer, pensó, y la «croqueta vegetal» —el plato especial del menú del Gymkhana Club— lo había dejado con ganas de comer algo especiado (a pesar de que había sumergido la comida en un cuarto de botella de salsa de chile Maggi).

La comida estaba deliciosa, así que cuando hubo terminado de rebañar la salsa picante de la hoja de tabaco que hacía las veces de plato, pidió otra ración. Luego siguió con un *chuski*, un *jeera cola* con ración extra de sirope que tuvo que comerse de prisa para evitar que se derritiera al tiempo que iba con cuidado para no dejar ninguna mancha incriminatoria en la ropa que los ojos de águila de su mujer pudieran percibir.

A las 20.30 todavía no había habido ninguna señal del intermediario. Puri empezaba a preguntarse si el plan no habría fracasado. Se maldijo en silencio por no haber previsto la deficiente habilidad de su cliente como conductor. Pero, por otro lado, ¿qué clase de tipo era ése, que no había contratado a un chófer?

El sistema de megafonía emitió un mensaje, primero en hindi y luego en inglés. «Namashkar —dijo una voz agradable y cantarina—. Se pide a los visitantes que no orinen en el agua. Encontrarán lavabos a su disposición en la parte trasera del parque. Agradecemos su amable colaboración.»

Pasaron otros cinco minutos. Puri evitaba escrupulosamente todo contacto ocular con su cliente por si el intermediario se encontraba cerca. Un globo-*wallah*, que había estado vendiendo globos delante de la piscina, se acercó y se detuvo a pocos metros a la izquierda de Rathinasabapathy.

Entonces, un hombre bajito y rechoncho, de cuello grueso y pelo negro teñido, se acercó al físico nuclear. Se colocó de espaldas al *dhaba*, así que el detective no pudo verle el rostro. Pero además de lo que resultaba evidente —que el hombre se encontraba a mitad de la cincuentena, era dueño de un perro y había llegado a la cita durante los últimos minutos—, Puri dedujo que tenía una aventura amorosa (se percibía claramente la marca de un condón sin funda en uno de los bolsillos traseros) y que había crecido en una zona rural cuya agua estaba contaminada con arsénico (tenía las manos cubiertas de manchas negras).

Puri activó el minitransmisor que se había colocado en el oído y que estaba conectado a un pequeño micrófono oculto detrás de la banderita india que su cliente llevaba clavada en el bolsillo de la camisa.

—El señor Rathinasabapathy, ¿verdad? —preguntó el inter-

mediario, a pesar de los chillidos de los niños. El tono de su voz insinuaba una gran comodidad y confianza.

—Sí, así es —respondió el físico nuclear en tono nervioso—. ¿Quién es usted?

—Hablamos antes por teléfono.

—Dijo usted a las ocho en punto. He estado esperando casi media hora.

—Ocho en punto según hora india, *sahib* científico. ¿Sabe lo que es la hora india? Siempre más tarde de lo que se piensa. —El intermediario dejó escapar una breve carcajada—. Según esos parámetros, he sido extremadamente puntual. Pero basta de hablar de esto, ¿*haa*? ¿Qué es eso que lleva? Algo para mí, espero.

—Mire, no voy a dar el dinero hasta que sepa exactamente con quién estoy tratando —insistió Rathinasabapathy, repitiendo las palabras que Puri le había instruido que dijera.

El intermediario meneó la cabeza con gesto petulante y se puso de espaldas al globo-*wallah*.

—No esté tan preocupado por mi identidad. Lo importante es que soy un hombre que consigue que las cosas se hagan —dijo.

—Debe usted de tener un nombre. ¿Cómo debo llamarlo?

—Algunas personas me conocen como señor Diez por Ciento.

—Muy divertido —repuso Rathinasabapathy en tono cortante.

—Me alegro de que se lo parezca, *sahib* científico. Pero no soy un bromista, así que hablemos de negocios, ¿*haa*? ¿Lleva usted la cantidad precisa y exacta?

—Sí, le he traído las doscientas mil rupias —contestó Rathinasabapathy, volviendo a retomar el diálogo que Puri le había preparado—. Pero ¿cómo sé que va usted a mantener el trato? ¿Cómo puedo saber que no va a coger el dinero y que mis hijos no van a ser...?

—Oiga, señor Libro de Texto —lo interrumpió el señor Diez por Ciento—. En la India, un trato es un trato. Esto no es Estados Unidos, con su Enron. Todo está dispuesto. Y ahora, ¿me va a dar el dinero o qué?

Rathinasabapathy dudó un instante, pero al final ofreció la bolsa de lana.

—Todo está aquí. Doscientas... mil... rupias —dijo, elevando la voz y pronunciando cada palabra con claridad.

El intermediario cogió la bolsa por las asas con la mano derecha y la sopesó.

—Muy bien —dijo, aparentemente satisfecho.

—¿No va a contarlo?

—¿Aquí? ¿En un lugar público? —se rio—. Cualquiera que viera tanto dinero junto podría pensar mal. ¿Quién sabe? Podrían robarme. Le aseguro que hay robos por todas partes hoy en día. Y le voy a dar otro consejo, *sahib* científico: vigile su cartera, ¿*haa*? El otro día, sin ir más lejos, un ladrón me quitó el portátil directamente de las manos. ¿Se lo puede creer? Justo ahí, en medio de la calle y a la luz de día. Por suerte, pude recuperarlo al cabo de una hora. El mismo ladrón me lo devolvió. Lo hizo cuando descubrió a quién pertenecía. Se mostró de lo más arrepentido.

El señor Diez por Ciento le ofreció la mano.

—Me alegra hacer negocios con usted —dijo—. Bienvenido a la India, *haa*, y mucha suerte.

—¿Eso es todo? ¿Cuándo volveré a tener noticias tuyas?

—No tendrá noticias mías. El siguiente comunicado lo hará el jefe.

Después de decir eso, el intermediario se dirigió hacia la salida y pronto desapareció en medio de la multitud.

El globo-*wallah* lo seguía de cerca.

Los globos plateados se alejaron bamboleándose por encima de las cabezas de los padres con sus felices hijos, marcando la posición con tanta exactitud como cualquier método de señalización.

Puri observó durante unos segundos que se alejaban. Luego, el detective le hizo una señal a su cliente para que se quedara allí durante, al menos, diez minutos, según el plan; él salió detrás de Fluorescente y sus globos..., y del señor Diez por Ciento.

A las 5.45 de la mañana siguiente, el doctor Suresh Jha llegó a India Gate, el eje de la Nueva Delhi colonial de Lutyens. Parecía tranquilo, a pesar de que ése era el día en que le habían dicho que iba a morir.

18 Dejó su viejo Fiat Premier Padmini en el lugar habitual del aparcamiento y bajó por Rajpath, el gran bulevar imperial que pasaba por el Parlamento y la Secretaría y que llegaba hasta las puertas de Rashtrapati Bhavan, antaño casa del virrey británico y actualmente residencia oficial del presidente de la India.

Hacía días que no corría ni el menor soplo de brisa, y las emisiones colectivas de dieciséis millones de almas inundaban con su pesadez el aire de la mañana. La densa niebla formaba halos alrededor de las farolas victorianas, y sólo la luz de los faros de los coches que pasaban conseguían penetrarla. El sol de primera hora de la mañana no era más que un débil resplandor en el cielo. Con la visibilidad reducida a menos de trescientos metros, las cúpulas de arenisca y los *chuttris* de los tronos de poder de la India parecían quedar perdidos en la distancia, ocultos a la vista.

A ambos lados del bulevar de cemento había unos caminos de arena y, a cada lado de éstos, amplias zonas de césped bordeadas de árboles. El doctor Jha bajaba por el bulevar por el lado izquierdo. Se había untado la zona del labio superior con crema de eucalipto para atenuar el nauseabundo olor que emanaba del río Yamuna, a dos kilómetros y medio de distancia.

A pesar de la hora temprana, no se encontraba solo en ab-

soluto. A su lado pasaban muchos de los asiduos que venían a Rajpath cada mañana para hacer ejercicio antes de que el calor del día hiciera impensable tal actividad: una pareja fofa de mediana edad, ambos con la misma visera, que practicaban rigurosamente el «paso rápido» sin perder nunca ni un gramo de peso; un alto y musculoso oficial musulmán del Ejército que siempre recorría la longitud de Rajpath, ida y vuelta, con la camiseta empapada de sudor, y un decrepito *gentleman* de expresión dolorida cuya silla de ruedas empujaba su sirviente.

También el doctor Jha era una figura instantáneamente reconocible. Llevaba una barba larga y blanca, calzaba sandalias y vestía un *dhoti*. Cualquiera que lo viera por primera vez creería que era un asceta, y nadie podría culparlo por pensarlo. Pero el matemático retirado era todo lo contrario de un hombre de fe: era el fundador del Instituto para el Racionalismo y la Educación de Delhi, o IRED, y millones de espectadores lo conocían por haber desenmascarado y desautorizado al máximo santón de la India por la televisión nacional. Lo conocían por el apodo de «Quebrantagurús».

Esta recién adquirida fama era algo que el doctor Jha no había buscado y que no le agradaba. La notoriedad lo había atrapado unos cuantos años atrás, cuando los canales de noticias empezaron a informar de lo que llamaban «milagros» como si éstos fueran sucesos dignos de divulgar, y a él no le quedó otra opción que aparecer en los medios de comunicación y rezar una oración dedicada a la razón y a la lógica.

A partir de ese momento perdió el anonimato: admiradores fascinados por la fama se le acercaban incasablemente en público para darle la mano. Además, a menudo lo abordaban personas ignorantes que, en televisión, lo habían visto demostrar lo sencillo que era realizar esos «milagros» —como caminar por encima de ascuas al rojo vivo o conseguir que la arena sagrada se derramara de las manos— y creían que había sido bendecido por esos mismos poderes que él intentaba desautorizar. Sin ir más lejos, la semana anterior le habían pedido que exorcizara un espíritu maligno de un niño de cinco años que no podía hablar. Después de realizar algunas indagaciones, el doctor Jha averiguó que el chico había sufrido una ictericia en la primera infancia que lo había dejado parcialmente sordo y, por

consiguiente, incapaz de imitar los sonidos como hacían los niños normales.

Pero aquí, en Rajpath, donde los madrugadores pertenecían a la educada clase media, la intimidad del doctor Jha raramente resultaba violada. También era de ayuda el hecho que su lenguaje corporal fuera reservado: el doctor Jha caminaba con los brazos a la espalda y la cabeza baja, en una actitud de estudiada reflexión.

Esa mañana en particular no podía quitarse de la cabeza la amenaza de muerte que había recibido el día anterior, y sus pensamientos se perdieron en recuerdos de su infancia y de la primera vez que había pisado Rajpath.

Suresh Jha tenía siete años y todavía era lo bastante pequeño para ir a hombros de su padre. Desde esa vertiginosa altura, la vista que tenía en todas direcciones resultó inolvidable: un vasto océano de gente, las cabezas adornadas con todo tipo de prendas —*pagris*, turbanes maratíes, *topis* al estilo Gandhi— emergían por todas partes alrededor de los muros del Secretariado y del Parlamento.

20

La fecha: 15 de agosto de 1947, el día en que la India declaró su independencia y el día en que, a las doce en punto de la noche, el primer ministro del país realizó su famoso discurso «Cita con el destino»: «Se aproxima un momento que raramente se da en la historia, en que nos alejamos de lo viejo para entrar en lo nuevo..., en que el alma de una nación, largo tiempo reprimida, encuentra expresión. Hoy se termina un periodo de mala fortuna y la India se descubre a sí misma de nuevo», dijo Pandit-ji.

El entusiasmo de Nehru, su fe en que una democracia laica y socialista modernizaría la India, construiría fábricas y centrales eléctricas, escuelas y universidades, clínicas y hospitales —en que devolvería al país su justo lugar como líder del mundo civilizado— había sido contagiosa. Suresh Jha, joven y lleno de optimismo hacia el futuro, había sido uno de los primeros estudiantes en entrar en el recién creado Instituto de Tecnología de la India en Delhi. Luego, ayudó a diseñar la primera red de telecomunicaciones autóctona de la India.

Pero durante las décadas de 1970 y 1980, mientras China, Corea del Sur y Taiwán destinaban millones de dólares a la in-

vestigación y el desarrollo, la tecnología india quedó muy atrás. Económicamente el país no iba mucho mejor. La llamada «licencia Raj» consiguió que un pequeño número de familias industriales monopolizaran la fabricación. La corrupción anidaba en el mismo corazón del sistema político.

Ahora, a sus sesenta años, el doctor Jha se sentía amargamente decepcionado por los errores de su país. «Mientras la élite de la clase media se enriquece y sigue manteniendo un grado excepcionalmente alto de tolerancia ante los inhumanos niveles de privación que hay a su alrededor, la India continúa languideciendo en su posición como uno de los países más pobres del mundo; según el Índice de Desarrollo Humano, se encuentra justo después de Guinea Ecuatorial y las Islas Salomón. La India continuará siendo una sociedad feudal mientras la gente no deje de creer que sus destinos están gobernados por un alto poder inexistente, sea éste Dios, Allah o Vishnu, y no tome el control de sus propias vidas», escribió en la última edición de *Proof*, la revista cuatrimestral del IRED, de la cual era editor jefe.

Su campaña le había granjeado incontables enemigos. Muchos faquires de pueblo y *sadhús* viajeros habían jurado venganza después de que el Quebrantagurús hubiera desvelado sus fraudes. La Iglesia y los ulemas habían acusado al doctor Jha de ser un «demonio» y un «mono».

Swami-ji, tal como todo el mundo lo llamaba, había alcanzado un gran prestigio durante los últimos tres años. Venerado por más de treinta millones de personas como un santo viviente y seguido por millones de personas a través del canal OM, el santón de túnica color azafrán afirmaba poseer poderes milagrosos. Levitaba a menudo, mostraba piedras preciosas y valiosos objetos aparecidos de la nada y se comunicaba con un antiguo *rishi* cuyo fantasmal rostro muchos afirmaban que se había materializado ante los ojos de miles de personas.

En el pasado, el doctor Jha lo había calificado de ser un «fraude», un «sinvergüenza» y «un David Blaine con túnica de color azafrán». También en numerosas ocasiones había negado la afirmación de Swami-ji según la cual era capaz de curar el cáncer, la diabetes y el sida.

Y luego, un mes antes, los dos hombres se encontraron fi-

nalmente cara a cara al ser invitados sin saberlo al mismo programa de televisión en directo para lo que el presentador anunció como una «confrontación».

El doctor Jha, aprovechando la ocasión para acorralar a Maharaj Swami ante una audiencia de millones de personas, lo acusó enardecidamente de ser un «charlatán» que estafaba al público.

—Debería ser procesado como un criminal común —dijo. Y añadió—: ¡Si es capaz de levitar, demuéstrela ahora!

Swami-ji, con su serena y beatífica sonrisa, explicó con claridad que solamente realizaba milagros cuando «existe un propósito y una necesidad», y que ese tipo de proezas tenían por función «inspirar a la humanidad para que comprenda su verdadero potencial». También añadió que él no era un «funámulo de circo».

—Los científicos buscan minar nuestras creencias en lo divino —continuó el gurú mientras jugueteaba con su rosario de madera de *rudraksha*—. El poder del intelecto y de la tecnología moderna es insignificante comparado con el poder del amor que cada uno de nosotros alberga en su corazón. A veces las personas necesitan que se lo recuerden, necesitan que se les muestre algo verdaderamente milagroso. Eso ayuda a renovar su fe. Por ese motivo, este mismo mes voy a llevar a cabo un milagro espectacular que dejará a todo el mundo —incluidos los ateos, como mi amigo el doctor Jha, a mi lado— sin ninguna duda acerca de mis poderes.

Y el día anterior había recibido la amenaza de muerte:

Siempre que existe un debilitamiento de la ley  
y un auge de la anarquía por todas partes,  
entonces me manifiesto.

Para la salvación de los rectos  
y la destrucción de los que hacen el mal,  
para el firme establecimiento de la ley,  
vuelvo a nacer, era tras era.

Las palabras, en hindi, habían sido compuestas con letras cortadas de un periódico y pegadas sobre un trozo de papel.

La esposa del doctor Jha, aterrorizada, había llamado a la

Policía. Ésta, a su vez, había aconsejado al doctor Jha que permaneciera dentro de su casa. Pero el Quebrantagurús estaba decidido a mantener su habitual cita matutina.

El doctor Jha pasó cerca de otros grupos que se encontraban en la amplia zona de césped que quedaba a la izquierda de Rajpath. El primero era un grupo que realizaba una sesión de yoga para señoras: las flexibles participantes arqueaban la espalda para parecer serpientes gigantes. Luego encontró a cinco hombres del sur de la India con el pecho descubierto que practicaban el antiguo arte marcial de Kerala, el Kalaripayat: los largos bastones de madera al chocar los unos contra los otros sonaban como tambores. Finalmente observó a los miembros de la sección local del Rashtriya Swayamsevak Sangh (RSS) [Organización de Voluntarios Nacionales], que llevaban a cabo su instrucción matutina con sus uniformes caquis al estilo de las Juventudes Hitlerianas.

En el pasado, el doctor Jha había cuestionado el derecho del RSS de reunirse en Rajpath. Según su punto de vista, el grupo representaba una clara amenaza para la ley y el orden públicos por mucho trabajo social que realizara. Los voluntarios no se habían tomado bien sus protestas, y en numerosas ocasiones se habían dado enfurecidos intercambios de palabras entre ambos. Pero esa mañana, el Quebrantagurús pasó al lado de los «fascistas agitadores del odio», tal como muchas veces se había referido a ellos, sin provocar ningún incidente.

A unos quinientos metros más adelante, a la sombra de un *jambul*, cuatro hombres con ropa de deporte estaban de pie formando un círculo.

El doctor Jha se acercó mientras ellos levantaban los brazos y se estiraban hacia el cielo. El instructor dio una orden en voz alta, y los hombres bajaron los brazos y se llevaron las manos a la cintura. Entonces, todos excepto uno, echaron la cabeza hacia atrás y empezaron a reír. No eran risitas ahogadas, risas de satisfacción ni tímidas risillas: soltaron rebuznos como si estuvieran todos borrachos.

Durante diez segundos parecieron sufrir las sacudidas de un alborozo contagioso, e inmediatamente cayeron en un

abrupto silencio, como si el chiste que hubiera provocado esa hilaridad colectiva hubiera perdido su gracia de forma repentina. El instructor volvió a dar una orden con voz estentórea y los hombres se inclinaron hacia delante para tocarse las puntas de los pies con distintos grados de éxito y varias clases de gruñidos. Luego abrieron los brazos en cruz y estallaron en otro arranque de histeria hilarante.

—Bienvenido, doctor Sahib —saludó el instructor, con una amplia sonrisa. El profesor Pandey, de casi sesenta años, tenía un rostro ancho coronado por una mata de pelo blanco que amarilleaba por un lado por culpa de la pipa que acostumbraba a fumar—. ¡Bienvenido, bienvenido, bienvenido! ¡Estamos haciendo el calentamiento! ¡Únase a nosotros!

El doctor Jha, que había sido miembro del Club de la Risa de Rajpath durante los dos últimos años, saludó a los hombres antes de ocupar su lugar en el círculo.

—Por desgracia, hoy sólo somos unos pocos, puesto que mucha gente ha salido a pasar el día festivo fuera de la ciudad —continuó el profesor Pandey.

24

Al Club de la Risa asistían normalmente, por lo menos, doce personas. Sus sesiones matutinas siempre eran ruidosas y bravuconas, y otros grupos se habían quejado de ello. Por eso se reunían ahora en uno de los extremos de Rajpath.

—¡Ahora que nos encontramos todos correctamente reunidos, doy los buenos días a todo el mundo! —dijo el profesor Pandey.

—¡Buenos días! —respondió el grupo a coro.

—¡Estoy encantado de verlos, caballeros! —continuó el instructor sin dejar de sonreír mientras hablaba—. La primera orden del día es que tenemos una nueva incorporación. Permítanme que les presente al señor Shivraj Sharma. Por favor, denle la bienvenida.

—¡Buenos días! —volvieron a decir todos a coro mientras aplaudían.

—Señor Sharma, ¿cuál es su profesión, por favor? —preguntó el profesor Pandey, dirigiéndose a un distinguido caballero de mediana edad que llevaba un chándal de color púrpura.

—Soy arqueólogo del Servicio Arqueológico de la India —respondió éste con altanería.

—Muy bien, señor Sharma —repuso el profesor Pandey, sonriendo, como si estuviera hablando con un niño que acabara de recitar correctamente las tablas de multiplicar—. Bueno, debe usted saber que aquí, en el Club de la Risa, hacemos risoterapia. Es un método realmente maravilloso que comprende ejercicios y respiración, así como la risa, lo cual es bueno para nuestro cuerpo y nuestra alma. ¿Y qué somos nosotros sin cuerpo y sin alma?

—¡Nada! —fue la respuesta colectiva, exceptuando al señor Sharma.

—¡Exacto! El fin último de la risoterapia consiste en conseguir la paz en el mundo. Todas las personas del mundo, pertenezcan a la cultura que pertenezcan, pueden reír. La risa es el idioma universal que todos compartimos. ¿Cómo podemos conseguir la paz mundial a través de la risa? ¡Muy sencillo! Cuando nos reímos...

En ese punto, los hombres se unieron a él a coro:

—... cambiamos. ¡Y cuando cambiamos, todo el mundo cambia con nosotros!

—¡Muy bien, muy bien, muy bien! —exclamó el profesor Pandey, dirigiéndose a cada uno de los componentes del círculo—. Bueno, señor Sharma, ¿sabe usted lo que es un bufón?

Antes de que el arqueólogo tuviera tiempo de responder, el instructor continuó:

—Es un comediante y, por tanto, ríe más fuerte que nadie. Así que ahora vamos a hacer la risa del bufón. A la de tres. Uno, dos...

A la de tres, el profesor Pandey señaló al hombre que se encontraba enfrente de él, en el círculo, como si éste acabara de contar el chiste más gracioso que nadie hubiera oído nunca en el mundo, y empezó a reír como atacado por una fiebre.

Los otros hombres lo imitaron, desternillándose como adolescentes borrachos mientras se tapaban la boca con la mano.

Sharma hizo todo lo que pudo por unirse al grupo, pero parecía incómodo y avergonzado.

—¡Jo, jo, ja, ja, ja! ¡Jo, jo, ja, ja, ja! —soltó el grupo al terminar el ejercicio del bufón mientras saltaban como bailando una giga y aplaudían.

—¡Muy bien, muy bien, muy bien! —gritó el profesor

Pandey—. ¡Ahora, el ejercicio de las sandeces! ¿Qué es una sandez, señor Sharma?

Por el ceño fruncido del recién llegado se deducía que estaba pensando: «¡Todo aquello que sale de vuestra boca!».

Pero de nuevo el profesor Pandey respondió en su lugar.

—Una sandez es un sinsentido —dijo—. Lo que hacen los niños cuando intentan hablar. —Volvió a sonreír—. Así que ahora vamos a hacer como si tuviéramos dos años otra vez.

El profesor Pandey pasó el minuto siguiente pronunciando vergonzantes sonidos infantiles mientras balanceaba los brazos como si fuera un molino de viento.

A éste les siguieron otros ejercicios: la risa silenciosa (lo cual significaba hinchar las mejillas, apretarse los labios con los dedos y soltar el aire como globos que se desinflaran mientras subían y bajaban los hombros) y, finalmente, el del pollo.

—¡Jo, jo, ja, ja, ja! ¡Muy bien, muy bien, muy bien!

Como punto final de la sesión, que duró treinta minutos, el profesor Pandey invitó a cada miembro a que contara un chiste al resto del grupo.

26

—¡Chistes estrictamente no verdes, muchas gracias! —advirtió—. ¡Nada que no contarían a su *nani-ji*!

—¡Pero, Pandey Sahib, mi *nani-ji* es quien cuenta los chistes más verdes del mundo! —protesto el señor Karat, uno de los miembros asiduos del grupo y que era capaz de realizar una imitación alarmantemente realista de un pollo.

Este comentario provocó más risas, pero esta vez genuinas, naturales y completamente espontáneas. Y entonces, otro habitual, el señor Gupta, anunció que la noche anterior había oído uno buenísimo.

—El jefe le pregunta a un *sardaar-ji* en una entrevista: «¿Puede usted deletrear una palabra que tenga más de cinco letras?», y éste contesta: «C-O-R-R-E-O».

El profesor Pandey continuó con otro chiste:

—«Toc-toc» —dijo—. «¿Quién es?» «Bunty» «¿Qué Bunty?» «Bunty» —repitió Pandey con una risita.

—¿Qué Bunty? —preguntaron los demás, acuciándolo otra vez.

Pero el profesor no pudo responder. Al igual que con el tío Albert en *Mary Poppins*, la risa había podido con él.

—De verdad, profesor Pandey, debe usted terminar el chiste. Si no, ¿qué sentido tiene? —dijo el señor Karat sonriendo. Pero él también sucumbió a un ataque de risa.

El doctor Jha y el señor Gupta se unieron a él, y rieron como si fueran niñas pequeñas.

Pero esta vez, fue distinto: esta vez no pudieron parar.

—¡Yo..., yo... no puedo con... controlarme! —declaró el profesor Pandey entre risas—. ¡Y no... no puedo mover los pies!

El doctor Jha dijo que él también se encontraba clavado en el suelo. De forma alarmante, a Karat y a Gupta les pasaba lo mismo. Todos miraron hacia el suelo, intentando averiguar qué era lo que los estaba sujetando y en ese momento una niebla empezó a formarse alrededor de sus piernas.

El único que no estaba afectado por lo que sucedía era Sharma. Pero no se atrevía a moverse de sitio. Los perros callejeros que hasta ese momento habían permanecido tumbados a la sombra de los árboles del Rajpath habían empezado a rodear al grupo de hombres, aullando y ladrando. Decenas de cuervos volaban en círculo por encima de sus cabezas y grajeaban de forma amenazadora.

Pareció que el cielo se oscurecía. Se oyó un trueno y hubo un destello cegador. Y entonces, en medio del grupo, apareció una figura terrible.

Era horriblemente fea. Tenía cuatro brazos que se retorcían, un rostro negro como el carbón y una lengua larga que sacaba desde una boca sanguinolenta. Alrededor del cuello llevaba una guirnalda confeccionada con cráneos humanos.

Los hombres, sin dejar de reír pero conmocionados por el horror, reconocieron al instante que se trataba de la diosa Kali.

—¡Infieles! —retumbó su voz en un alarido desgarrador en medio de la niebla, que se levantaba a su alrededor.

La diosa señaló al doctor Jha con un dedo índice marchito y largo e, inmediatamente, empezó a elevarse en el aire hasta que se separó del suelo varios metros. En una mano llevaba una espada manchada de sangre; en la otra, una cabeza cortada.

—¡Soy Kali, consorte de Shiva! ¡Soy la Redentora! ¡Soy la Muerte!

De su boca salió una llamarada de fuego.

—¡Tú! ¡Tú que te has atrevido a insultarme! ¡Tú que te has atrevido a burlarte de mi poder! ¡Tú conocerás el sabor de la sangre!

La diosa se desplazó flotando en el aire hacia el doctor Jha sin dejar de escupir fuego por la boca. Los chillidos de los cuervos y los aullidos de los perros se hicieron más fuertes.

—¡Simple mortal! ¡Ahora sí te has quedado sin palabras! —rio con socarronería.

El doctor Jha se encontraba cara a cara con la diosa, todavía incapaz de mover los pies a causa de una fuerza invisible. Parecía aterrorizado, pero, a pesar de ello, continuaba riendo.

—¡Y ahora, muere! —chilló Kali por encima del coro de aullidos y chillidos de los animales.

Levantó la espada y la descargó contra el pecho del doctor Jha. Inmediatamente, la sangre fluyó por la herida y por la boca. El Quebrantagurús se agarró el pecho y soltó una última carcajada antes de caer sobre el césped, muerto.

*P*ara Puri, el día empezó sin ningún indicio de que pronto se encontraría investigando un «suceso sobrenatural» que estaba destinado a capturar la imaginación de la nación entera, un caso que él mismo, más tarde, describiría como «sin precedentes en los anales del crimen».

Su Ambassador aparcó detrás de Khan Market a las 10.00. Envió a Freno de Mano a cambiar el parabrisas y el detective recorrió la ruta habitual hasta su oficina.

Khan Market, que ahora era la finca comercial más cara de toda la India, albergaba nuevas *boutiques* que vendían fundas de cojín exorbitantemente caras y alta costura india «talla cero». Por todas partes habían aparecido bares y restaurantes de moda que eran el terreno de juego nocturno de los nuevos ricos de Delhi. Allí donde antes había habido un verdulero, ahora se ordenaban bandejas de galletas de chocolate y macadamia al estilo norteamericano, que se vendían a 80 rupias la unidad, lo que era más de lo que ganaba la mayor parte de la población trabajadora al día.

Sin embargo, todavía prosperaban algunos viejos negocios familiares y el lugar continuaba teniendo un aspecto desaliñado y descuidado que conservaba —según el punto de vista de Puri, por lo menos— un carácter tranquilizador del que carecían las nuevas y saneadas tiendas.

La pintura de las paredes de cemento se había desconchado y caído, y los cables de electricidad colgaban sobre las cabezas enredados como espaguetis. Muchos carteles colgaban y formaban ángulos extraños. Las princesas punjabíes que acudían

allí, con sus aires de propietarias, sus tacones altos y sus enormes gafas de sol de diseño tenían que salvar el pavimento agrietado e irregular ocupado por perros callejeros y vendedores ambulantes.

—*Kaise ho?* —gritó Puri al señor Saluja, que se encontraba fuera de la sastrería supervisando el trabajo de uno de sus empleados, que salpicaba el pavimento con agua para evitar el polvo.

El llaves-*wallah* también se preparaba para el negocio matutino y estaba colocando sus herramientas medievales sobre un saco de patatas extendido sobre el pavimento: martillo, cincelos, largas cajas metálicas y un enorme aro oxidado en el que reunía todas las llaves que utilizaría para hacer los duplicados de sus clientes.

Después de subir los empinados y estrechos escalones hasta las oficinas de Detectives Sumamente Privados, que se encontraban encima de la librería Bahri Sons, Puri recibió un cálido «Buenos días, señor» y una sonrisa de Elizabeth Rani, cuyo escritorio ocupaba la cuarta parte de la pequeña recepción.

30

Lo primero que Puri hizo al entrar a su oficina —después de poner en marcha el aire acondicionado— fue encender una barrita de incienso y colocarla en el pequeño altar punjabí que había hecho ante dos fotografías que colgaban en la pared, a la derecha de su escritorio. La primera era de su padre, Om Chander Puri; la otra era un retrato de Chanakya, guía espiritual y gurú del detective que había vivido alrededor del año 300 a. C. y que fundó las artes del espionaje y la investigación. El detective rezó una breve oración en la que pidió la guía de ambos y luego llamó a su secretaria por el interfono.

Elizabeth Rani entró en la oficina con el correo y los mensajes, y le leyó la lista de asuntos cotidianos que requerían su atención.

—La esposa de Kanwal Sibal ha dado a luz a un hijo. ¿Va usted a visitarlos o les mando frutos secos y fruta?

Trabas, el chico del té, llevó a Puri su diaria taza de *kahwa*, té de Cachemira hervido con azafrán, cardamomo, azúcar y almendras cortadas.

El detective saboreó la dulce bebida mientras se ponía al día con los casos que tenía en sus libros. Detectives Sumamente

Privados continuaba siendo una agencia tan solicitada como siempre. Solamente en ese mes habían tenido que llevar siete investigaciones matrimoniales, lo cual requería realizar averiguaciones de carácter y de antecedentes sobre las novias y novios que se habían comprometido en matrimonio. Una compañía de seguros había contratado a la agencia para que averiguara si una tal señora Aastha Jain, de setenta y cuatro años, había muerto por causas naturales durante su peregrinaje anual a Gangotri (el detective la había encontrado viva y sana, en Goa, viviendo con un nombre falso). Además, Puri había conseguido llegar a una rápida conclusión acerca del extraño secuestro del padre del señor Satish Sinha. El tipo se había reencarnado en mono, y el detective lo había localizado mientras éste perseguía al mejor cliente del *banana-wallah* local hasta su casa.

A pesar de todo, hacía bastante tiempo que no se tropezaba con un caso verdaderamente desafiante y sensacional. Ya habían pasado seis meses, por lo menos, desde el caso de la Liga del Turbante Azul.

En cuanto al problema del científico nuclear, Rathinasabpathy, bueno, eso era el pan de cada día, aunque era un trabajo decente y satisfactoriamente remunerado. Puri esperaba con ganas la visita de su cliente a las doce en punto para impresionarlo con sus resultados. Mientras tanto, dedicó diez minutos a colocar todas las pruebas fotográficas en orden.

Fue entonces cuando percibió algo fuera de la ventana: un pan blanco que colgaba como un cebo de una cuerda bajó por delante de su ventana y se perdió de vista. Al cabo de un instante, fue un *tetrabrik* de Mango Frooti.

Zahir, que estaba ciego y era el propietario de la diminuta tienda de ultramarinos que estaba al lado de Bahri Sons, estaba reponiendo las existencias de su tienda desde el almacén que tenía alquilado arriba.

Puri no estaba del todo contento con esa costumbre. Hacía poco tiempo, se encontraba en su oficina en medio de una reunión con una afligida cliente cuyo esposo había sido asesinado y, de repente, unos potes de *masala noodles* empezaron a dar golpes contra el cristal de la ventana. Pero aparte de cortar el cordel con unas tijeras, había poca cosa a hacer.

Además, Puri sentía una especial debilidad por algunos de los productos que la tienda del amable Zahir, como esas estufas galletas de coco por ejemplo. Y a veces, cuando éstas aparecían por la ventana, Puri las atrapaba y luego arreglaba cuentas.

Resultaba casi asombroso que los paquetes de galletas de coco aparecieran por su ventana siempre a la misma hora todas las tardes.

Poco después de las 11.00, Elizabeth Rani entró temblando en la oficina de Puri y le dejó un ejemplar del *Delhi Midday Standard* sobre el escritorio.

—He pensado que querría ver esto, señor. Me temo que son noticias terribles. Era un caballero tan amable. La verdad es que no sé adónde iremos a parar.

LA DIOSA FLOTANTE APUÑALA HASTA LA MUERTE  
AL QUEBRANTAGURÚS QUE SUFRÍA UN ATAQUE DE RISA.  
LA POLICÍA NO TIENE NINGUNA PISTA.

32

—¡Por Dios! —exclamó el detective, enderezándose sobre la piel de su silla de ejecutivo. Leyó con detenimiento la información sobre el asesinato del doctor Suresh Jha mientras emitía unos cuantos suspiros y, en tres ocasiones, un dolorido «*Hai!*».

En el periódico se citaba a los miembros del Club de la Risa, quienes describieron cómo, después de asesinar al doctor Suresh Jha, la «aparición desapareció con un enorme destello». «Medía por lo menos seis metros de altura, tenía un aspecto terrorífico, como una criatura salida de una pesadilla —dijo el profesor R. K. Pandey, que había sido testigo del suceso—. Creí que moriríamos todos.» N. K. Gupta, el abogado, añadió: «No tengo ninguna duda de que se trataba de la diosa Kali. Hoy hemos presenciado un suceso sobrenatural. Nadie debería tener ninguna duda al respecto».

El artículo continuaba: «Muchos ciudadanos de Dehli han empezado a llegar a los templos de toda la ciudad en busca de protección, mientras que cientos de adoradores de Kali se han

congregado en Rajpath para celebrar su aparición que, dicen, es un suceso divino».

El titular de otro artículo de la página dos era: «LOS ESCÉPTICOS, ESCÉPTICOS», y en él se citaba a un racionalista de Mumbai que aseguraba estar seguro de que el doctor Jha no había sido asesinado por una diosa —«¿Cómo podría haberlo hecho, si no existe?»—, sino por alguien que se había hecho pasar por ella. «Aun así, el racionalista ha sido incapaz de explicar cómo se podría haber realizado el crimen a plena luz del día y delante de tantos testigos —continuaba el artículo—. Ha señalado que el mes pasado, durante una confrontación en directo entre el doctor Jha y Maharaj Swami, el santón prometió que realizaría un milagro para demostrar sus poderes. Uno de los ayudantes de Swami-ji ha dicho de forma no oficial que Su Santidad era totalmente capaz de invocar a Kali. Pero hasta el momento, el santón no ha dicho nada al respecto.»

Puri dejó el periódico a un lado con una expresión de enojo y de disgusto.

—Señora Rani, ¿recuerda usted al hombre asesinado?

—Por supuesto, señor, es...

—El doctor Suresh Jha, el Quebrantagurús —dijo el detective, terminando la frase por ella—. Realicé una investigación para él hace años. ¿Lo recuerda?

Ella lo recordaba, por supuesto, y lo indicó con un asentimiento de cabeza. Pero Elizabeth Rani había trabajado mucho tiempo con Puri y sabía que él, de todas formas, iba a contarle los detalles del caso del astrólogo que predijo su propia muerte.

—Todo empezó cuando un astrólogo llamado Baba Bhola Ram predijo el día y la hora de su propia muerte —empezó Puri—. Los canales de noticias, que siempre están buscando con qué atraer la retina del espectador, se hicieron con la historia y la convirtieron en un espectáculo nacional.

Elizabeth Rani recordaba haber visto la cobertura en directo del canal Action News!

—Vedika, ¿existe ya alguna pista de cómo se supone que va a morir? —preguntó el presentador a una joven periodista que se encontraba ante la puerta de la casa del astrólogo a la hora indicada.

—Ha habido muchas especulaciones al respecto —contestó la reportera sin el más mínimo tono de ironía—. Una lectora de tarot local ha afirmado haber visto que algo caerá del cielo y lo golpeará en la cabeza. Por su parte, Baba Bhola Ram dice que solamente sabe cuándo va a morir, no cómo. ¿Se hará realidad esta predicción? Desde luego, él se juega mucho en la conclusión de este tema, su reputación por encima de todo. Hasta aquí, la noticia.

—Millones de personas sintonizaron el canal para saber si ese Baba Bhola Ram moriría o no —continuó Puri—. Minutos después de la hora de la predicción, la esposa del astrólogo apareció sola y, bañada en lágrimas, anunció que su esposo «por la gracia de Dios misericordioso había entrado en la gran morada del Cielo».

El doctor Suresh Jha visitó Detectives Sumamente Privados Ltd. a la mañana siguiente. Su fundación caritativa, el IRED, trabajaba para «explicar lo inexplicable» y el «racionalista» quería contratar a Puri para que encontrara pruebas que refutaran ese presunto milagro llevado a cabo por Baba Bhola Ram. «Nos están poniendo una venda en los ojos —le había dicho al detective ese día—. Si la gente continúa creyendo en este tipo de cosas, acabarán ciegos.»

—A través del razonamiento deductivo y de un meticulosísimo análisis de las pruebas disponibles, llegué a la conclusión de que las sospechas del doctor Jha eran correctas —contó Puri—. Por supuesto, el astrólogo había sido asesinado. Los malhechores eran los discípulos de más confianza y más dedicados de Baba Bhola Ram, que, temerosos de que la reputación de su gurú quedara arruinada, se encargaron de asegurarse de que su predicción se cumpliera. Sabían que tenía el corazón débil, así que pusieron polvo de ricino en el té de su maestro, y así fue como éste expiró.

Puri se sumió en un silencio reflexivo. Estaba sentado ante su escritorio, con los codos apoyados en la mesa.

—Naturalmente, me ocupé de que se hiciera justicia —añadió—. Pero siempre ha quedado algo pendiente en ese caso..., una cosa que, francamente y con honestidad, siempre me ha preocupado.

—¿De qué se trata, señor? —preguntó Elizabeth Rani, aunque sabía lo que éste iba a decir.

—¿Hubiera muerto Baba Bholá Ram ese día y a esa hora si no hubiera predicho su propia muerte?

—Creo que eso no lo sabremos en esta vida, señor —repuso la secretaria del detective.

—¡Sin duda, señora Rani! —dijo el detective, sacudiéndose la aflicción de encima—. Como siempre, tiene razón. Sólo el mismo dios puede saberlo, ¿verdad?

En ese momento, el móvil de Puri sonó. Consultó el nombre en la pantalla del aparato: JAGAT. Se puso al aparato.

—¡Inspector! *Kidd-an?*

La llamada no duró más de dos minutos y terminó con las palabras del detective:

—Llegaré dentro de una hora.

Echó un vistazo al reloj que tenía sobre su escritorio, un regalo de la Federación de Asociaciones de Vendedores de Automóviles (La India).

—El señor Sam Rathinasabapathy estará aquí de un momento a otro —le dijo a Elizabeth Rani—. Sólo harán falta treinta minutos como máximo. Después se requiere mi presencia en Rajpath. No por primera vez, el inspector Jagat Prakash Singh necesita mi experta guía.

—¿Va usted a investigar el asesinato del doctor Jha, señor? —preguntó su secretaria en tono esperanzado.

—No hay nada confirmado, señora Rani. Pero no se puede esperar que me quede quieto mientras este crimen queda sin castigo, ¿no? El doctor Jha y yo no estábamos de acuerdo en muchas cosas, eso es seguro, pero era un tipo íntegro donde los haya.

Elizabeth volvió a su escritorio con la absoluta confianza de que su jefe se encargaría del caso incluso aunque eso significara trabajar sin cobrar.

La idea de que Vish Puri se pudiera resistir a involucrarse en un asesinato tan tentador era ridícula. Había muchas posibilidades de que hoy se quedara sin comer.

Sam Rathinasabapathy llegaba quince minutos tarde. Un atasco de tráfico había provocado que le pusieran un *challan*.

—¡El poli ha dicho que yo no había indicado que iba a girar a la derecha! ¿Se lo puede creer? Quiero decir, señor Puri, ¿ha visto usted que alguna vez, alguien, en este país, utilizara los indicadores? Personalmente, creo que iba a por un soborno. No dejó de pronunciar la palabra «lifafa». Eso significa «sobre», ¿verdad?

—Correcto, señor —dijo Puri con paciencia y con una ligera sonrisa en los labios.

—No puedo creer lo corrupto que es esto. Todo el mundo alarga la mano, siempre. Ni siquiera puedo conseguir una botella de gas para cocinar sin pagar *baksheesh*. ¡No es nada raro que este país sea un lío tan grande!

—Señor, no hace falta que se ponga nervioso —dijo Puri, indicando a Rathinasabapathy que se sentara en una de las confortables sillas de delante de su escritorio—. Permítame que le dé un consejo. Sin duda, me lo agradecerá más adelante.

—Por supuesto, señor Puri —repuso el físico nuclear mientras se sentaba con un suspiro.

36

—Un caballero educado y adinerado como usted no debería ir de acá para allá sin un buen chófer. Francamente, señor, no está bien. Usted solamente tiene que sentarse en el asiento trasero. De esta manera no sufrirá ese tipo de acoso. Los policía-*wallahs* sabrán que es usted alguien importante y que no es uno más del montón. —Puri marcaba las «t» con gusto.

—Pero estoy acostumbrado a conducir —protestó Rathinasabapathy.

—Créame, señor, lo comprendo. Usted aprecia su independencia. Pero permítame que le encuentre un chófer adecuado. Debe tener buen carácter y, naturalmente, no ser un borracho. Los de los estados de las montañas son los mejores. Esos tipos tienen que aprender a controlar sus vehículos en todo tipo de situaciones. Si no, caerían directamente por los barrancos.

—Sí, bueno, supongo que eso es una ventaja —dijo Rathinasabapathy.

—¡Muy bien! Luego haré que mi hombre regrese con algunos candidatos. Tendrá que pagar cinco o seis mil al mes como máximo.

—De acuerdo, señor Puri, lo que usted diga. Y ahora, ¿va a

decirme que sucedió anoche en ese lugar, el Food Village?  
¿Dónde está mi dinero?

Puri metió la mano debajo de su escritorio y sacó una bolsa de deporte que dejó encima del escritorio.

—Está aquí, señor. Doscientos mil, exactamente.

—¡Lo ha recuperado! Pero ¿cómo?

—La verdad, señor, es que no salió de esta habitación.

—No lo sigo.

—Se lo explicaré. Era necesario que usted retirara el dinero del banco por si alguien lo estaba vigilando. Pero el dinero que usted me dio a mí no fue el dinero que sacó del banco.

—No lo comprendo. ¿Qué había en la bolsa que le di a..., ¿cómo se llamaba? Ese tipo gordo de la camisa de seda. El señor Diez por Ciento.

Puri sonrió.

—Su verdadero nombre es Rupinder Khullar. Es una lagartija profesional.

—¿Una qué?

—Lagartija —repitió el detective—. Significa que es un hombre que consigue cualquier cosa. Delhi está llena de estos tipos. Se lo aseguro, si lanza usted una piedra en cualquier dirección, dará a uno de ellos, sin lugar a dudas. Estos individuos le arreglarán cualquier cosa por el precio correcto. Le conseguirán un puesto de trabajo a su hijo en un ministerio del Gobierno o presionarán al parlamentario adecuado para que se emitan certificados de emisiones sobre su fábrica. El señor Rupinder Khullar está especialmente bien conectado políticamente. Se podría decir que tiene un dedo en cada *samosa*. —Después de decir esto, Puri soltó una carcajada.

—Entonces, ¿qué es lo que le di? —preguntó Rathinasabapathy, que no pareció encontrar graciosa la metáfora.

—Dinero falso —respondió el detective.

—¿Que le di qué? —gritó el físico nuclear incorporándose de la silla.

—Por favor, señor, mantenga la calma. Tenga la certeza de que todo está bien al doscientos por cien. *Pukka!* Lo tomé prestado de un viejo compañero de promoción de la Sección Contra la Falsificación. Naturalmente, con la condición de que le devolvería hasta el último billete. Son la prueba de otro caso.

Estos días se manda mucho dinero falso al otro lado de la frontera con Pakistán, se lo aseguro.

—¿Es eso legal?

—Señor, en la India, la línea entre lo que es legal y lo que no lo es a menudo es un poco borrosa.

Puri abrió el informe de Rathinasabapathy y sacó las fotografías que Fluorescente había hecho del señor Diez por Ciento. Éstas sirvieron para ilustrar la narración de cuáles fueron los movimientos del intermediario después de su encuentro.

—Hizo la primera parada en el bar de un hotel y allí «tomó unos cuantos vasos de *whisky* de importación. Dos horas después, el señor Diez por Ciento visitó un apartamento del Sector Nueve, Ciudad DLF, donde pasó un par divertidas horas con su amante, una chica de veintidós años que tiene un trabajo que él le consiguió en un importante canal de música. El lugar está registrado a nombre de él. Ella es una I. P., por decirlo de alguna manera.

—¿I. P.?

—Significa «invitada de pago».

38

Luego, el señor Diez por Ciento había regresado a Raja Garden, su casa, con su esposa, sus dos hijos, tres sirvientes y un pekinés.

—Lo primero que ha hecho esta mañana ha sido ir en coche hasta la Ultra Modern School —continuó Puri—. Allí le dio los doscientos mil al señor S. C. Bhatnagar.

Bhatnagar era el director de la escuela. La semana anterior había ofrecido a Rathinasabapathy dos plazas para sus hijos a cambio de un cuantioso soborno.

—Toda su conversación giró en torno a unas cámaras de vídeo ocultas dentro de la oficina del señor Bhatnagar —continuó Puri—. En la cinta se puede oír y ver con claridad a esos dos mientras discuten su caso y la comisión de Rupinder Khullar.

—Déjeme adivinarlo. ¿Diez por Ciento?

—Correcto.

—Llamé a ese tipo, el director, y le dejé perfectamente claro cuál era la situación: nosotros teníamos todas las pruebas a punto de ser presentadas a las autoridades y él estaba en posesión de mucho dinero falso. Inmediatamente le di instruccio-

nes de adónde debía devolverlo: es decir, la suma total de doscientas mil. Se mostró totalmente complaciente. —Puri hizo una pausa—. Señor, me alegro de decir que tuvo la amabilidad de asegurarme que sus dos queridos hijos tienen las plazas confirmadas en la Ultra Modern School.

—¿Quiere decir que están admitidos? —exclamó Rathinasabapathy. Había vuelto a incorporarse de su silla.

—Pueden empezar este mismo lunes.

Un alivio evidente invadió al cliente de Puri.

—¡Eso es una noticia fantástica, señor Puri! —dijo—. No sé cómo darle las gracias. ¡Estaba tan preocupado! Lo he intentado en muchas escuelas y lo único que querían eran sobornos. La idea de que los niños no fueran a una buena institución..., bueno, no sé qué habría hecho.

Rathinasabapathy suspiró, relajó los hombros y se recostó en la silla. Entonces se le ocurrió una idea y frunció el ceño:

—Un momento..., ¿qué me dice del señor Diez por Ciento? ¡Se va a sentir bastante enojado! —dijo.

—Ése se va a quedar quieto. No quiere aparecer en las noticias de la noche.

—Pero ¿no vendrá a por mí?

Puri negó con la cabeza.

—¿No irá a por usted?

—No se preocupe por mí —dijo el detective con una carcajada—. Yo también tengo mis contactos. Además, mi identidad sigue siendo *top secret*. Vish Puri es solamente una voz en el teléfono.

Pero la ansiedad hacía que Rathinasabapathy continuara frunciendo el ceño.

—No sé, señor Puri —dijo al final, removiéndose en la silla—. No sé que pienso de todo esto. Todo parece..., bueno, muy peligroso.

El detective levantó ambas manos y las agitó en un gesto que significaba «¿por qué preocuparse?».

—Confíe en mí, señor —le dijo con aires de suficiencia—. Me he encargado de todo.

Rathinasabapathy se quedó mirando el suelo un momento, sopesando los pros y los contras y, al final, dijo:

—Bueno, si usted lo dice. Pero me sigue pareciendo increí-

ble por lo que la gente de esta ciudad tiene que pasar para que sus hijos vayan a la escuela.

—Cuando nos conocimos, hace unos cuantos días, le dije que en la India las escuelas son un gran tinglado. Todo negocio se rige por la oferta y la demanda. En este caso hay un exceso de demanda y absolutamente nada de oferta. Así, las escuelas de calidad pueden poner un recargo por admisión. Le aseguro que en Delhi los padres pasan un infierno para conseguir una buena escuela para sus hijos.

—No se creería por lo que tuvo que pasar mi sobrina Chiki —continuó el detective—. Presentó solicitudes en seis escuelas. Todas ellas pedían una suma en concepto de registro de entre cuatrocientas y setecientas rupias. Naturalmente, había que rellenar innumerables formularios. Cada vez, el chico tuvo que realizar un test y pasar una entrevista. Y cada vez sus padres también fueron entrevistados.

—¿Los padres? —exclamó Rathinasabapathy.

40 —Por supuesto. Se los entrevistó por separado para poder contrastar sus respuestas. ¿Cuáles eran sus aspiraciones? ¿Sus opiniones sobre la disciplina? Chiki me dijo que ella y su marido tuvieron que empollar para pasar los test, además. En comparación, la universidad era el ABC.

—¿Y qué pasó?

—Gracias a Dios, Ragev obtuvo una plaza en Sunny Dale. Pero sólo después de que su padre entregara un donativo para el nuevo autobús escolar.

—Increíble.

—Señor, le aseguro que eso no es nada. Conozco una familia que lleva una lavandería. A cambio de que admitieran a su hijo en la escuela Vallabhbai Jhaverbhai, ¡aceptaron ocuparse de la colada de la familia del profesor! Hace seis años que lavan sus camisas y su ropa interior.

—Y ¿por qué la gente no envía a sus hijos a las escuelas públicas?

Puri chasqueó la lengua, descartando la idea.

—Señor, el hijo de mi criada va a nuestra escuela local. De hecho, tuve que intervenir para que lo admitieran, tan alta es la demanda. No se puede creer la poca ética que hay. A menudo los profesores no se presentan en clase. La comida está por

debajo de los mínimos. Muchas veces su hijo se queja de que encuentra insectos en su *daal*. Ni siquiera hay lavabos para las chicas. Hoy en día las condiciones mínimas son cada vez peores. Y con la liberalización de la economía, el Gobierno descuida sus responsabilidades cada vez más.

Rathinasabapathi meneó la cabeza con expresión de incredulidad.

—¿No se puede hacer nada? —preguntó—. ¿Qué me dice de las pruebas que tiene usted contra el director de la Ultra Modern School? ¡Deberíamos hacerlo público!

—Por supuesto que deberíamos hacerlo —repuso Puri—. A las televisiones les encanta este tipo de material. Pero entonces sus hijos no serían admitidos y usted volvería a encontrarse en la primera casilla del juego con el señor Diez por Ciento..., o con cualquiera de sus competidores.

El físico nuclear permaneció pensativo un momento y, finalmente, dijo:

—Sí, bueno, supongo que no deberíamos hacer saltar la liebre, ¿verdad? Quiero decir que lo más importante es que no hemos tenido que pagar ningún soborno y que los niños van a ir a una buena escuela.

—Señor, veo que va usted aprendiendo cómo funcionan las cosas aquí en la India —le dijo Puri sonriendo mientras se levantaba de la silla y le daba el dinero a Rathinasabapathy—. Y ahora, si no hay nada más, me marcho. Tengo que encargarme de un asesinato de lo más misterioso.

**E**n cuanto Rathinasabapathy se hubo marchado, Elizabeth Rani llamó a Puri por el interfono y le dijo que conectara el televisor.

—Parece ser que hay un vídeo del asesinato que es absolutamente increíble —le dijo.

En aquel momento, el canal Action News! emitía en exclusiva el material que un turista francés había filmado esa mañana.

42

Exactamente a las 6.37 de la mañana, Edouard Lecomte se encontraba en un autobús turístico en dirección al Palacio Presidencial e iba filmando a través de la ventana cuando le llamó la atención lo que parecía ser una especie de «exótico ritual hindú» que un pequeño grupo de personas llevaba a cabo en una zona del césped. Más tarde supo qué era lo que había filmado: el asesinato del doctor Jha.

Las imágenes estaban movidas y un tanto borrosas a causa de la niebla y de la distancia a la que habían sido filmadas, pero conseguían mostrar a la diosa Kali por completo —con sus cuatro brazos y la horrible lengua roja—, que flotaba a un metro del suelo. Se vio cómo le clavaba la espada al doctor Jha mientras reía de forma salvaje y, de repente, un destello. Era evidente que el turista francés se había asustado, pues había bajado la cámara y se oyó que murmuraba: «*Putain de merde!*».

El canal pasaba una y otra vez las mismas imágenes de esos, aproximadamente, treinta segundos: las ralentizaba, aumentaba la imagen en los momentos clave y marcaba ciertos detalles dibujando círculos sobre ellos. Era evidente que quien fuera, o lo que fuera, que había asesinado al Quebrantagurús no se en-